

respiración fatigosa. Le caían hasta los ojos rizos dorados y menudos. Como había visto tan ensimismada á la señora, se había llegado al molino de su primo Antonio que estaba allí cerca, á un tiro de fusil.

Ana le fijó los ojos con los suyos, pero ella desafió aquella mirada de inquisidor. Su primo Antonio, el molinero, estaba enamorado de la doncella; el amo lo sabía. Petra pensaba casarse con él, pero más adelante, cuando fuera más rico y ella más vieja. De vez en cuando iba á verle para que no se apagase aquel fuego con que ella contaba para calentarse en la vejez. Miraba el molino como una caja de ahorros donde ella iba depositando sus economías de amor. Ana sin saber por qué, sintió un poco de ira. «¿Cómo serían aquellos amores de Petra y el molinero? ¿Qué le importaba á ella?...» Pero la manera de mirar á Petra, estudiando los pormenores de su traje, algo descompuesto, la fatiga que no podía ocultar, el sudor, el color de sus mejillas, revelaba una curiosidad que quería ocultar en vano la Regenta. «¿Qué había hecho en el molino aquella mujer?» Este pensamiento baladí, obsesión estúpida que era casi un dolor, absorbía toda la atención de Ana, á su pesar.

—Vamos, vamos, que es tarde.

—Sí, señora; es tarde. Entraremos en casa cuando ya estén encendidos los faroles.

—No, no tanto.

—Ya verá Vd.

—Si no te hubieras detenido en la fragua de tu primo...

—Qué fragua? Es un molino, señora.

A Petra le supo á malicia lo que era una equivocación.

Cuando llegaban á las primeras casas de Vetusta, oscurecía. La luz amarillenta del gas brillaba de trecho en trecho, cerca de las ramas polvorientas de las

raquíticas acacias que adornaban el boulevard, nombre popular de la calle por donde entraban en el pueblo.

—¿Cómo me has traído por aquí?

—¿Qué importa?

Petra se encogió de hombros. En vez de subir por la calle del Aguila habían dado un rodeo y entraban por una de las pocas calles nuevas de Vetusta, de casas de tres pisos, iguales, cargadas de galerías con cristales de colores chillones y discordantes. La acera de tres metros de anchura, una acera hiperbólica para Vetusta, estaba orlada por una fila de faroles en columna, de hierro pintado de verde, y por otra fila de árboles, prisioneros en estrecha caja de madera, verde también. Por esto se llamaba *El boulevard*, ó lo que era en rigor, *Calle del Triunfo de 1836*. Al anoecer, hora en que dejaban el trabajo los obreros, se convertía aquella acera en paseo donde era difícil andar sin pararse á cada tres pasos. Costureras, chalequeras, planchadoras, ribeteaderas, cigarreras, fosforeras, y armeros, zapateros, sastres, carpinteros y hasta albañiles y canteros, sin contar otras muchas clases de industriales, se daban cita bajo las acacias del Triunfo y paseaban allí una hora, arrastrando los piés sobre las piedras con estridente sonsonete.

Había comenzado aquel paseo años atrás como una especie de parodia; imitaban las muchachas de pueblo los modales, la voz, las conversaciones de las señoritas, y los obreros jóvenes se fingían caballeros, cogidos del brazo y paseando con afectada jactancia. Poco á poco la broma se convirtió en costumbre y merced á ella la ciudad solitaria, triste de día, se animaba al comenzar la noche, con una alegría exaltada, que parecía una excitación nerviosa de toda la «pobretería», como decían los tertulios de Vegallana. Era la fuerza de los talleres que salía al aire libre; los músculos se



movían por su cuenta, á su gusto, libres de la monotonía de la faena rutinaria. Cada cual, además, sin darse cuenta de ello, estaba satisfecho de haber hecho algo útil, de haber trabajado. Las muchachas reían sin motivo, se pellizcaban, tropezaban unas con otras, se amontonaban, y al pasar los grupos de obreros crecía la algazara; había golpes en la espalda, carcajadas de malicia, gritos de mentida indignación, de falso pudor, no por hipocresía, sino como si se tratara de un paso de comedia. Los remilgos eran fingidos, pero el que se propasaba se exponía á salir con las mejillas ardiendo. Las virtudes que había allí sabían defenderse á bofetadas. En general, se movía aquella multitud con cierto orden. Se paseaba en filas de ida y vuelta. Algunos señoritos se mezclaban con los grupos de obreros. A ellas les solía parecer bien un piropo de un estudiante ó de un hortera; pero la indignación fingida era mayor cuando un *levita* se propasaba y siempre acompañaba á la protesta del pudor el sarcasmo. Aquellas jóvenes, que no siempre estaban seguras de cenar al volver á casa, insultaban al transeúnte que las llamaba hermosas, suponiendo que el *futraque* tenía *carpanta*, ó sea hambre. A lo sumo concedían que comería cañamones. Los expertos no se aturdían por estos improperios convencionales, que eran allí el buen tono; insistían y acababan por sacar tajada, si la había. La virtud y el vicio se codeaban sin escrúpulo, iguales por el traje que era bastante descuidado. Aunque había algunas jóvenes limpias, de aquel montón de hijas del trabajo que hace sudar, salía un olor picante, que los habituales transeúntes ni siquiera notaban, pero que era molesto, triste; un olor de miseria perezosa, abandonada. Aquel perfume de harapo lo respiraban muchas mujeres hermosas, unas fuertes, esbeltas, otras delicadas, dulces, pero todas mal vestidas, mal lavadas las más, mal peinadas

algunas. El estrépito era infernal; todos hablaban á gritos, todos reían, unos silbaban, otros cantaban. Niñas de catorce años, con rostro de ángel, oían sin turbarse blasfemias y obscenidades que á veces las hacían reír como locas. Todos eran jóvenes. El trabajador viejo no tiene esa alegría. Entre los hombres acaso ninguno había de treinta años. El obrero pronto se hace taciturno, pronto pierde la alegría expansiva, sin causa. Hay pocos viejos verdes entre los proletarios.

Ana se vió envuelta, sin pensarlo, por aquella multitud. No se podía salir de la acera. Había mucho lodo y pasaban carros y coches sin cesar; era la hora del correo y aquel el camino de la estación.

Los grupos se abrían para dejar paso á la Regenta. Los mozalbetes más osados acercaban á ella el rostro con cierta insolencia, pero la belleza bondadosa de aquella cara de María Santísima les imponía admiración y respeto.

Las chalequeras no murmuraban ni reían al pasar Ana.

— ¡Es la Regenta!

— ¡Qué guapa es!

Esto decían ellas y ellos. Era una alabanza espontánea, desinteresada.

— Olé, salero! Viva tu mare!—se atrevió á gritar un andaluz con acento gallego.

Su entusiasmo le costó una *galleta*—un coscorrón—de un su amigo, más respetuoso.

— So bruto, mira que es la Regenta!

Era popular su hermosura.

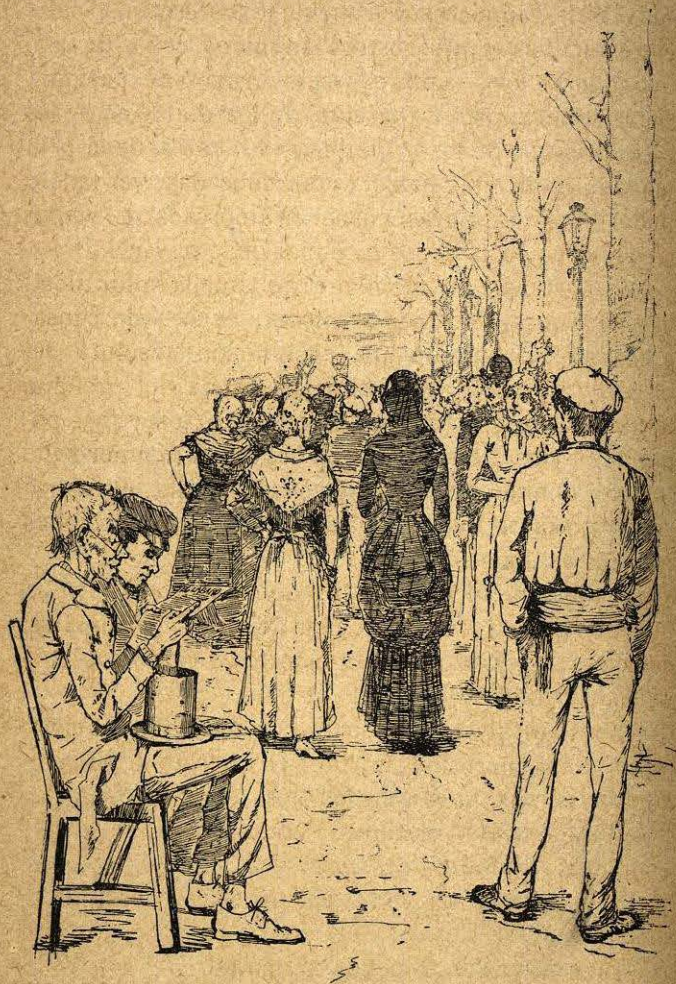
Á Petra también le decían los pollastres que era un arcángel; iba contenta. Ana sonreía y aceleraba el paso.

— Dónde nos hemos metido...

— ¿Qué importa? ya ve Vd. que no se la comen.



Muchas señoritas podrían aprender crianza de estos pela-gatos.



Alguna otra vez había pasado la Regenta por allí á tales horas, pero en esta ocasión, con una especie de doble vista, creía ver, sentir allí, en aquel montón de ropa sucia, en el mismo olor picante de la *chusma*, en

la algazara de aquellas turbas una fuerza del placer del amor; del amor que era por lo visto una necesidad universal. También había cuchicheos secretos, al oído, entre aquel estrépito; rostros lánguidos, ceños de enamorados celosos, miradas como rayos de pasión... Entre aquel cinismo aparente de los diálogos, de los roces bruscos, de los tropezones insolentes, de la brutalidad jactanciosa, había flores delicadas, verdadero pudor, ilusiones puras, ensueños amorosos que vivían allí sin conciencia de los miasmas de la miseria.

Ana participó un momento de aquella voluptuosidad andrajosa. Pensó en sí misma, en su vida consagrada al sacrificio, á una prohibición absoluta del placer, y se tuvo esa lástima profunda del egoísmo excitado ante las propias desdichas. «Yo soy más pobre que todas estas. Mi criada tiene á su molinero que le dice al oído palabras que le encienden el rostro; aquí oigo carcajadas del placer que causan emociones para mí desconocidas...»

En aquel momento tuvieron que detenerse entre la multitud. Había un drama en la acera. Un joven alto, de pelo negro y rizado, muy moreno, vestido con blusa azul, gritaba:

— La mato! la mato! Dejadme, que quiero matarla.

Sus compañeros le sujetaban; querían llevarsele. El mozo echaba fuego por los ojos.

— ¿Qué es eso?—preguntó Petra.

— Nada—dijo uno—celucos.

— Sí—gritó una joven—pero si ella se descuida la ahoga.

— Bien merecido lo tiene; es una tal.

El joven de la blusa azul salió del paseo, á viva fuerza, casi arrastrado por sus amigos. Al pasar junto á la Regenta la miró cara á cara, distraído, pensando en su venganza; pero ella sintió aquellos ojos en los suyos como un contacto violento. ¡Eran los *celucos*! Así mi-



raban los celos! Era una belleza infernal, sin duda, la de aquellos ojos, ¡pero qué fuerte, qué humana!

Dejaron ama y criada por fin el boulevard y entraron en la calle del Comercio. De las tiendas salían haces de luz que llegaban al arroyo iluminando las piedras húmedas cubiertas de lodo. Delante del escaparate de una confitería nueva, la más lujosa de Vetusta, un grupo de *pillos* de ocho á doce años discutían la calidad y el nombre de aquellas golosinas que no eran para ellos, y cuyas excelencias sólo podían apreciar por conjeturas.

El más pequeño lamía el cristal con éxtasis delicioso, con los ojos cerrados.

—Eso se llama *pitisa*—dijo uno en tono dogmático.

—¡Ay qué farol!—Si eso es un *pionono*; si sabré yo...

También aquella escena enterneció á la Regenta. Siempre sentía apretada la garganta y lágrimas en los ojos cuando veía á los niños pobres admirar los dulces ó los juguetes de los escaparates. No eran para ellos; esto le parecía la más terrible crueldad de la injusticia. Pero, además, ahora aquellos granujas discutiendo el nombre de lo que no habian de comer, se le antojaban compañeros de desgracia, hermanitos suyos, sin saber por qué. Quiso llegar pronto á casa. Aquel enternecerse por todo la asustaba. «Temía el ataque, estaba muy nerviosa.»

—Corre, Petra, corre—dijo con voz muy débil.

—Espere Vd., señora... allí... parece que nos hacen seña... sí, á nosotras es. Ah, son ellos, sí...

—¿Quién?

—El señorito Paco y don Álvaro.

Petra notó que su ama temblaba un poco y palidecía.

—¿Dónde están? A ver si podemos, antes que...

Ya no podían escapar. Don Alvaro y Paco estaban delante de ellas. El marquesito las detuvo haciendo

una cortesía exagerada, que era una de sus maneras de *hacer esprit*, como decía ya el mismo Ronzal. Mesía saludó muy formalmente.

De la confitería nueva salían chorros de gas que deslumbraban á los vetustenses, no acostumbrados á tales despilfarros de gas. Don Alvaro veía á la Regenta envuelta en aquella claridad de batería de teatro y notó en la primer mirada que no era ya la mujer distraída de aquella tarde. Sin saber por qué, le había desanimado la mirada plácida, franca, tranquila de poco antes, y sin mayor fundamento, la de ahora, tímida, rápida, miedosa, le pareció una esperanza más, la sumisión de Ana, el triunfo. «No sería tanto, pero él se alegraba de verse animado. Sin fe en sí mismo no daría un paso. Y había que dar muchos y pronto.»

En Vetusta llueve casi todo el año, y los pocos días buenos se aprovechan para respirar el aire libre. Pero los paseos no están concurridos mas que los días de fiesta. Las señoritas pobres, que son las más, no se resignan á enseñar el mismo vestido una tarde y otra, y siempre. De noche es otra cosa; se sale de trapillo, se recorre la parte nueva, la calle del Comercio, la plaza del Pan, que tiene soportales, aunque muy estrechos, el boulevard un poco más tarde, cuando ya está durmiendo la *chusma*. Y el pretexto es comprar algo. ¡En una casa hacen falta tantas cosas! Se entra en las tiendas, pero se compra poco. La calle del Comercio es el núcleo de estos paseos nocturnos y algo disimulados. Los caballeros van y vienen por la ancha acera y miran con mayor ó menor descaro á las damas sentadas junto al mostrador. Con un ojo en las novedades de la estación y con otro en la calle, regatean los precios, y cazan lisonjas y señas al vuelo. Los mancebos son casi todos catalanes, pero pronuncian el castellano con suficiente corrección. Son amables, guapos casi todos. Los más tienen la barba cortada á lo Jesu-



cristo. Muchos ojos negros almibarados, y rosas en las mejillas. Inclinan la cabeza con una languidez entre romántica y cachazuda; aquello lo mismo puede significar: «Señorita, *abrigo* una pasión secreta, que...» «Señorita, ni la paciencia de Job... pero tendré paciencia.»

—Oh, le estoy cansando á Vd.!—dice Visitación á un rubio con cuello marinero, á quien ha hecho ya cargar con cincuenta piezas de percal.

—¡Ah, no señora! es mi obligación... y además lo hago con la mejor voluntad... «El mancebo ha de ser incansable, para eso está allí.»

Visitación siempre tiene que hacer un mandilón para la criada, pero no se decide nunca. Otras noches es ella la que está desnuda.

—«Me va á coger el invierno sin un hilo sobre mi cuerpo.»

El mancebo sonríe con amabilidad, figurándose de buen grado á la dama delgada, pero de buenas formas, tiritando en camisa bajo los rigores de una nevada...

«—¡No sea Vd. malo! No sea Vd. tan material!»—responde ella, turbándose como una niña aturdida que sospecha haber sido indiscreta, y clava en el mancebo los ojos risueños, arrugaditos, que Visitación cree que echan chispas. El catalán finge que se deja seducir por aquellos ojos y en cada vara rebaja un perro chico.

Visitación triunfa. Pero no sabe que el mismo percal se lo vendió á Obdulia rebajando un perro grande, y con una ganancia superior á la que podía esperar el mancebo sonriente y con barba de judío.

Las bellas vetustenses, como dice el gacetillero de *El Lábaro*, no saben salir de las tiendas de modas. Lo ven todo, lo revuelven todo, y les queda tiempo para *marear* á los horteras y tomar varas al sesgo (frase de Orgaz) de los señoritos que pasean por la acera dispu-

tando en voz alta para anunciar su presencia. Domina allí una alegría bulliciosa, la alegría sin motivo que es la más expansiva y contentadiza. ¿Quién lo diría? No sólo *el elemento joven de ambos sexos* (de *El Lábaro*), sino las personas formales; magistrados, catedráticos, autoridades, abogados, hasta clérigos están deseando todo el día, sin darse cuenta, la hora de las tiendas, los días que *hace bueno* y pueden las damas «decorosamente» coger la mantilla y echarse á la calle. Es aquella una hora de cita que, sin saberlo ellos mismos, se dan los vetustenses para satisfacer la necesidad de verse y codearse, y oír ruido humano. Es de notar que los vetustenses se aman y se aborrecen; se necesitan y se desprecian. Uno por uno el vetustense maldice de sus conciudadanos, pero defiende el carácter del pueblo *en masa*, y si le sacan de allí suspira por volver. En el paseo de la noche, que viene á ser subrepticio, á lo menos así lo llama don Saturnino, hay además el atractivo que le presta la fantasía. El gas no es para prodigado por un Ayuntamiento lleno de deudas, y un farol aquí, otro á cincuenta pasos (si no hace luna; en las noches románticas no hay gas) no deslumbran ni quitan á la noche su misterio. Se ve lo que no hay. Cada cual, según su imaginación, atribuye á los que pasan la figura que quiere.

—Parecen otras las chicas—dicen los pollos.

Los vetustenses gozan la ilusión de creerse en otra parte sin salir de su pueblo. Todo se vuelve caras nuevas, que después no son nuevas.

—¿Quién son esas?— Y resulta que son las de Mínguez, es decir, las eternas Mínguez, las de ayer, las de antes de ayer, las de siempre. ¡Pero mientras la ilusión dura!... En los pueblos donde pocas veces se tienen espectáculos gratuitos lo es y más interesante el de contemplarse mutuamente. Un paseo, *cogido por los cabellos*, es un placer delicado, intenso que gozan



con delicia inefable las masas proletarias de la honrada clase media española.

Hay estudiante que se acuesta satisfecho con media docena de miradas recogidas acá y allá, en sus idas y venidas por el Espolón ó por la calle del Comercio; y niña casadera que tiene para ocho días con una flor amorosa que fingió desdeñar por impertinente y que saborea á sus solas, mientras borda unas zapatillas durante siete días mortales, detrás del cristal que azota la lluvia incansable. Así se explica aquel entrar y salir en los comercios, aquel reír por cualquier cosa, aquel encontrar gracia en cada frase de un hortera, en la diablura de un estudiante que mete la cabeza por un escaparate abierto. Todo es movimiento, risa, algazara. Este pueblo es el mismo que asiste silencioso, grave, estirado á los paseos de solemnidad, y compungido, cabizbajo, lleno de unción (de *El Lábaro*), á los sermones, á las novenas, á los oficios de Semana Santa y hasta al miserere.

Ana creía ver en cada rostro la llama de la poesía. Las vetustenses le parecían más guapas, más elegantes, más seductoras que otros días: y en los hombres veía aire distinguido, ademanes resueltos, corte romántico; con la imaginación iba juntando por parejas á hombres y mujeres según pasaban, y ya se le antojaba que vivía en una ciudad donde criadas, costureras y señoritas, amaban y eran amadas por molineros, obreros, estudiantes y militares de la reserva.

Sólo ella no tenía amor; ella y los niños pobres que lamían los cristales de las confiterías eran los desheredados. Una ola de rebeldía se movía en su sangre, camino del cerebro. Temía otra vez el ataque.

—«¿Qué era aquello, Señor, qué era aquello?» ¿Por qué en día semejante, cuando su espíritu acababa de entrar en vida nueva, vida víctima, pero no de sacrifi-

cio estéril, sin testigos, si no acompañado por la voz animadora de un alma hermana; por qué en ocasión tan importuna se presentaba aquel afán de sus entrañas, que ella creía cosa de los nervios, á mortificarla, á gritar ¡guerra! dentro de la cabeza, y á volver lo de arriba abajo? ¿No había estado en la fuente de Mari-Pepa entregada á la esperanza de la virtud? ¿No se abrían nuevos horizontes á su alma? ¿No iba á vivir para algo en adelante? ¡Oh! ¡quién le hubiera puesto al señor Magistral delante!» Su mano tropezó con la de un hombre. Sintió un calor dulce y un contacto pegajoso. No era el Magistral. Era don Álvaro, que venía á su lado hablando de cualquier cosa. Ella apenas le oía, ni quería atribuir á su presencia aquel cambio de temperatura moral, que lamentaba para sus adentros, en tanto que veía á las jóvenes y á las jamonas vetustenses coquetear en la acera y en las tiendas deslumbrantes de gas.

Don Álvaro opinaba lo contrario, que bastaba su presencia y su contacto para adelantar los acontecimientos. Para tener idea de lo que Mesía pensaba del prestigio de su *físico*, hay que figurarse una máquina eléctrica con conciencia de que puede echar chispas. Él se creía una máquina eléctrica de amor. La cuestión era que la máquina estuviese preparada. Era fatuo hasta ese extremo, pero digase en su abono que nadie lo sabía, y que podía citar numerosos hechos que acreditaban el motivo de aquella vanidad monstruosa. Se creía hombre de talento—«él era principalmente un político»;—confiaba en su experiencia de hombre de mundo, y en su arte de Tenorio, pero humildemente se declaraba á sí mismo que todo esto era nada comparado con el prestigio de su belleza corporal.—«Para seducir á mujeres gastadas, ahítas de amor, mimosas, de gustos extragados, tal vez no basta la figura, ni es lo principal siquiera: pero las vírgenes